

La familia

—del nuevo milenio—



Padres y maestros

Educar

para

la vida

- La relación familia-escuela
- Aprender desde la curiosidad
- Aulas sin violencia

Sigmund Freud sostenía que el niño nace con una pulsión o instinto vital por el conocimiento y Gregorio Germán, docente universitario y rector de la Escuela Nueva Juan Mantovani, advierte que, en defensa de esta materia prima, la escuela debe abandonar esa actitud “antropófaga” que devora el innato deseo de conocer.

“Cuando observamos la enorme avidez por aprender, por acceder a la cultura del mundo adulto que tiene un chico de primer grado y, después de pasar 10 ó 12 años por el sistema educativo es reacio a leer, nos preguntamos qué ha hecho la escuela para que aquella curiosidad primera esté anulada, obturado. Este es un desafío central para padres y docentes, porque si no logramos que nuestros hijos se interesen auténticamente por el conocimiento, va a ser muy difícil que puedan formar parte activa del circuito social”, asegura el especialista.

A su severo diagnóstico no le falta razón cuando argumenta que, en la actualidad, el conocimiento es un factor principal en la organización social y no se resuelve sólo con estudiar unos años para obtener un diploma o acreditación.

“Formar parte del circuito económico, social y cultural exige estar en permanente interacción con el conocimiento. Y esto es muy difícil de lograr desde la imposición autoritaria, o desde los incentivos externos”, afirma.

Reunión de padres

Creadas para favorecer la interacción entre la escuela y la familia, las clásicas “reuniones de padres” terminan frecuentemente en una cita de fastidioso cumplimiento, cuando no, en un velado enfrentamiento entre las partes. Entonces, ¿cómo ayudar a que estas reuniones sean productivas y actúen como una instancia real de coordinación y comunicación entre los adultos que rodean al hijo-alumno? Aquí van algunas claves...



- Procurar que el tono de las exposiciones y la organización de la reunión generen un clima de libre expresión.
- Realizar las críticas de uno y otro lado con respeto y responsabilidad, para evitar reacciones puramente defensivas.
- Circunscribir el temario a hechos concretos y conocidos por todos, sin coartar otros tópicos de análisis.
- Cuidar la periodicidad, para no “fastidiar” a los padres ni desnaturalizar una herramienta básica de intercambio informativo.

La familia

del nuevo milenio

Aquí Vivimos invita a participar de la segunda mesa-debate del ciclo La Familia del Nuevo Milenio. Durante el encuentro, que forma parte de las actividades de extensión comunitaria organizadas por Propuesta Editorial S.A., destacados panelistas abordarán el tema Educación: ¿ejercer o delegar?

La cita es el viernes 16 de junio a las 18 hrs. en la sala Plaza del Hotel de la Cañada (Marcelo T. de Alvear 580), con entrada libre y gratuita (Más información en la página 86 de la revista).

Cuando las cosas no andan bien ni en la casa ni en la escuela, las relaciones se vuelven más complejas (...) ¿Cómo armonizar las expectativas y las responsabilidades recíprocas? Primero, reconociendo que es toda la sociedad (familia y escuela, en primer lugar) la que no cumple con la responsabilidad mayor de garantizar las mejores condiciones para el desarrollo de la infancia. Segundo, rompiendo el círculo de la pobreza asignando más y mejores recursos escolares a quienes más los necesitan.

Emilio Tenti Fanfani (responsable del área de educación de UNICEF Argentina). Boletín de la Fundación Arcor.

Frente a este panorama, es vital la coordinación entre la escuela y la familia para evitar dobles discursos. Por ejemplo, si la escuela incentiva al alumno desde el conocimiento, la familia no debería apoyarlo sólo en términos de premios y castigos, o tomar la libreta de calificaciones como único horizonte.

“La familia ha avanzado más que la escuela en el cultivo de la curiosidad y el deseo de conocimiento del niño”, asegura Gregorio Germán, “ya que valiéndose de una pedagogía invisible pero efectiva, logró crear un clima más democrático y participativo. Esto se

confirma cuando un chico de 5 ó 6 años que viene de una efectiva socialización familiar, ingresa a la escuela con el deseo casi intacto de conocer y aprender, pero se encuentra con una escuela, donde imperan disciplinas rígidas y metas exitistas ajenas al proceso del conocimiento, que logran finalmente, que ese niño o adolescente en formación se desinterese”, grafica.

Personas integrales

¿Es posible crear en las escuelas un clima adecuado para favorecer el conocimiento y no anular la curiosidad?

En el ámbito oficial, las maestras y directoras se preocupan por superar la ficción del **conocimiento copia** o el **aprendizaje de memoria**, y procuran que sus alumnos se involucren y disfruten de procesos más activos. Sin embargo, la escuela -institución preparada a nivel profesional para transmitir y desarrollar el conocimiento- termina ocupándose de cuestiones ajenas a su especificidad.

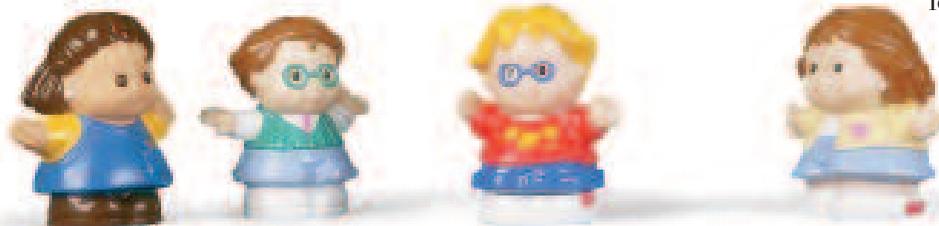
“Siempre les digo a las maestras que todo lo que ocurre en la sociedad se reproduce a escala menor dentro de la escuela”, reflexiona María del Carmen Molina, directora interina de la escuela primaria Presidente Yrigoyen, de Villa Cabrera.

“Llevo 18 años en la escuela y durante todos estos años pude advertir el cambio en la matrícula y cómo, en la actualidad, nos vemos obligados a entrar en lo que -bien o mal- se llama asistencialismo”, comenta mientras enumera la extensa lista de modelos de familia que conviven entre los 530 alumnos de su escuela.

“Tenemos familias de divorciados, de padres separados vueltos a casar, de madres jefas de hogar, de padres que quedaron a cargo de

los chicos porque la mamá se fue.

Hay hijos de desocupados, de trabajadores golondri-



nas, de inmigrantes fronterizos que se radicaron en la zona, o de empleados públicos que dejan los chicos en la escuela mientras ellos van a trabajar. Tampoco faltan los niños que viven con sus abuelos, o los que están todo el día solitos. Nenes que están bien y otros que no tanto, porque algunos salen fortalecidos de estos cambios, pero también están aquellos a los que les cuesta mucho adaptarse”, resume.

A criterio de esta educadora, la escuela debe plantearse un perfil de alumno (creativo, con autonomía de trabajo, solidario, democrático, tolerante, predispuesto a los cambios) y convocar a los padres a compartir tal modelo, porque de esta manera podrán trabajar juntos los valores que recorren transversalmente toda la currícula escolar.

Con gestos firmes y esperanzados, María del Carmen asegura que ése es el horizonte de su escuela, aunque reconoce que la interacción con los padres, en la mayoría de los casos, sólo sucede a partir de requerimientos puntuales.

“Días atrás, llegó hasta la escuela un papá buscando orientación, porque su hija estaba a punto de menstruar y él no sabía cómo abordar el tema”, grafica.

Por eso, la “señorita” María del Carmen, como la llaman sus alumnos, insiste en que no hay que perder de vista el modelo de aprendizaje creativo y participativo, pero tampoco renunciar al concepto de alumno como persona integral que necesita de la armonía y seguridad familiar para cultivar su costado intelectual. En función de ello, sostiene que la escuela debe reconocer sus limitaciones y pedir auxilio a otras instituciones, como

Hijo y alumno

Es frecuente que entre la familia y la escuela se instale una relación de rivalidad que perjudica al hijo-alumno. Al respecto, los especialistas en educación coinciden en apelar a un mayor esfuerzo de la familia y a la dedicación laboral de los docentes.

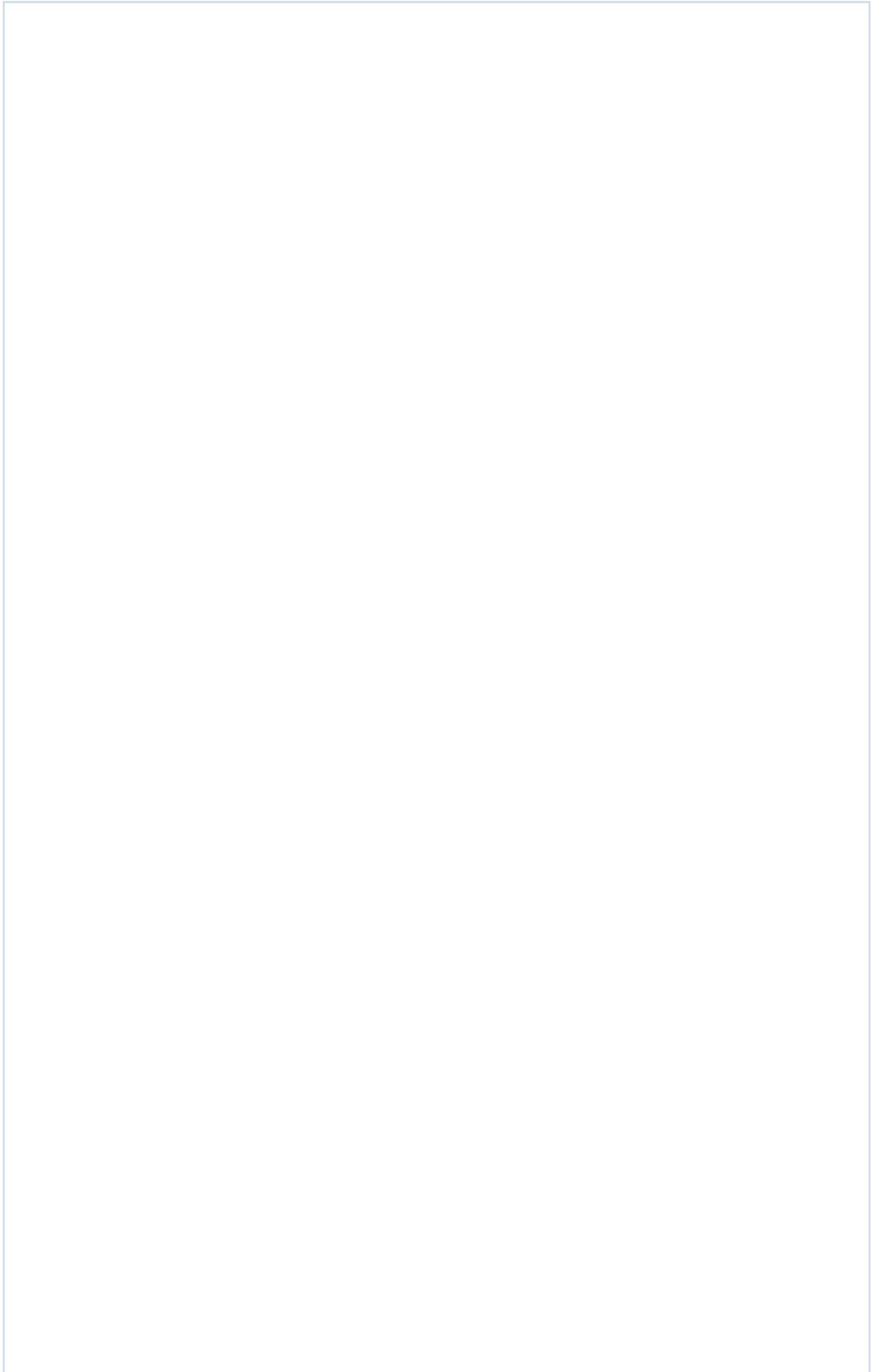
Los padres

- Asumir que hablan desde una visión particular cuando califican al grupo.
- Concurrir con buena disposición a las reuniones informativas y a otras propuestas pedagógicas que rompen la rígida estructura áulica.
- Controlar la ansiedad y no pretender la inmediata solución de los conflictos.
- Colaborar en el hogar con un clima que favorezca la interacción, creando un tiempo y un espacio para el estudio.

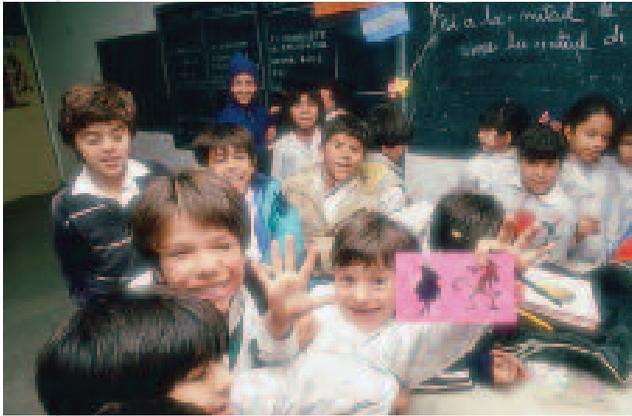
La escuela

- Aceptar que la mirada de los padres, aunque personalizada e individual, puede ser de gran ayuda.
- Estar abierta al diálogo y practicar una labor profesional docente que oriente los reclamos y evite enfrentamientos.
- Proponer instancias de participación que sume a los padres en el proceso educativo de sus hijos y en sus resultados.
- Organizar clases abiertas, ferias de ciencias o salidas recreativas con la familia.





los juzgados de menores, el servicio de salud mental de los hospitales, el Centro de Asistencia a la Víctima del Delito, las bibliotecas o los clubes, para armar con ellos una red de contención.



Los unos y los otros

De su vasta experiencia como educadora e, incluso, como legisladora provincial, la licenciada Lucía Garay reconoce que en el discurso de docentes, políticos y especialistas, la participación de los padres en la vida escolar es siempre una meta, un ideal. La realidad cotidiana muestra que padres y docentes sostienen, en general, una relación ríspida y cargada de tensiones. “Hoy, la escuela se encuentra en una etapa de crisis, de pérdidas, que demanda muchísimo de los padres: apoyo económico, sostén, reconocimiento, complicidad o silencio. Y la familia, como educadora, tampoco sabe qué hacer con los niños, y menos aún con los adolescentes. Por eso, muchísimos padres delegan en la escuela la educación de sus hijos, cuando no la salud, la moral o la seguridad, y se enojan si la institución no cumple con esos supuestos mandatos”, indica.

Según Garay, además de este desfasaje, existe otro punto de fricción entre padres y maestros: mientras para el docente el problema educativo es ‘**el conjunto de los niños**’, para los padres, el problema es ‘**su hijo**’. Por eso, “ambos deben ceder posiciones y comprender que familia y escuela forman un vínculo que, más allá de su conflictividad, es el único que garantiza el proceso de educación”.

Socios vitalicios

Una de los ejemplos más representativos de la alianza entre docentes y padres es la **Escuela de los Niños Cantores de Córdoba**. Esta institución provincial, dedicada a la formación coral, sigue siendo el único bachillerato musical de toda Latinoamérica. Desde su nacimiento -hace casi 40 años- involucró a docentes, directivos, padres y alumnos, en una suerte de gran comunidad con identidad propia.

Gloria Merino es una de las docentes que integró el grupo fundador de la institución y el entusiasmo sigue vivo en ella, aunque ya esté jubilada. Asegura que en todo ese proceso, la familia de los alumnos resultó indispensable.

“Los padres eran muy participativos, muy amistosos, se los invitaba a presenciar las clases, a preguntar; era muy familiar la relación. Incluso, como la escuela era de doble escolaridad, los chicos almorzaban y los padres -que no los veían en todo el día- venían a la escuela a compartir ese momento. El sentido de pertenencia era algo muy importante, y a la vez muy natural”, aunque reconoce que aquellas eran épocas más tranquilas, sin las urgencias que hoy predominan en los hogares. También advierte que antes los niños entraban a primer grado sin el “entrenamiento” que traen ahora de las guarderías y prejardines.

Las dificultades y tensiones de los días actuales no pudieron borrar el sentido de pertenencia que las familias mantienen con el “Domingo Zipoli”. Muchos padres reconocen que el compromiso artístico que adquirieron sus hijos dentro de la escuela se trasladó naturalmente a sus familias, posibilitando el disfrute de experiencias musicales que parecían herméticas y lejanas.

VIOLENCIA ESCOLAR

Un pacto de convivencia

Si la escuela es una institución que, como las demás, convive y se nutre de una realidad signada por la violencia, ¿qué se puede hacer, al menos, para no reproducirla? Sobre todo, si se tiene en cuenta que en los colegios existe una problemática particular, con docentes poco estimulados, chicos que sólo estudian para “zafar” y un grueso libro de amonestaciones para apagar la indisciplina. “Muchos chicos están acostumbrados a que en su casa o en la calle se los trate en forma violenta y autoritaria, y eso se traslada a la escuela”, sostiene María del Carmen Molina. “Ese niño es el que no pide permiso, no pide por favor, no dice gracias ni pide disculpas. En esto el docente tiene que educar con el ejemplo. Si pretendemos un alumno tolerante, no podemos reaccionar a los gritos. Si queremos revertir estos resultados, padres y docentes debemos bajar los niveles de agresión y de ansiedad que nos impone la urgencia; si no recreamos los valores, difícilmente habrá una salida para revertir la violencia escolar”.

Consultada sobre este tema, la especialista Graciela Frigerio, doctora en Educación, declaró en una entrevista reciente(*): “la escuela debe recuperar el placer por el trabajo intelectual, pactando nuevas formas de convivencia y nuevos usos del espacio y el tiempo”. En tanto, Daniel Filmus, director

de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), consideró que “para canalizar el descontento, la tendencia es el trabajo con mediadores, consejos de escuela y de grado, para que los adolescentes puedan participar en la construcción de normas”.

Por sinuosos que parezcan, en el tema de la violencia escolar, todos los caminos conducen al compromiso efectivo de los dos grandes protagonistas en la vida de un niño: sus padres y maestros. El trabajo conjunto, la buena comunicación y el desarrollo profesional del aprendizaje que potencie la curiosidad por encima de la repetición metódica, abrirá las puertas a un mundo más atractivo pero también más competitivo, donde el conocimiento adquiere un valor fundamental.

(*) Guía de la Enseñanza del Diario Clarín, 20 de febrero de 2000.



